

VALDESANGIL: LA HISTORIA EN TRES FOTOGRAFÍAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA

Centro de Estudios Bejaranos

RESUMEN

A propósito de la aparición en Valdesangil de tres fotos muy antiguas, posiblemente las más antiguas de su historia, se hace un recorrido por las circunstancias que las motivaron, así como el trasfondo de los inicios del siglo XX en el que tuvieron lugar.

Palabras clave:

Valdesangil. Fotografías antiguas. Inicios del siglo XX. Escuela. Emigración a América.

No es necesario hacer hincapié en la importancia de la fotografía como forma de congelar el ambiente y luego de transmitir información con ello del tiempo en que se hizo. Cuanto más antigua, la fotografía resulta más valiosa, por infrecuente. Como consecuencia de ello cada imagen tiene para nosotros ahora –estudiosos más que nunca del pasado– un valor documental incalculable. En ellas están reflejados los edificios, las costumbres, las ropas, los utensilios y hasta la forma de ser de una época determinada. Eso para nosotros hoy, tan familiarizados con ella, pero para el tiempo de las primeras fotografías hubo de ser sin duda un milagro y una gran seducción.

Este breve trabajo utiliza la fotografía como pretexto para hurgar en la historia de Valdesangil plasmada en tres muy antiguas, las más antiguas de las que se

tiene constancia, tal vez también las primeras. Utilizando como base la información que aportan tres fotos quiero recorrer los detalles de la vida que se vivía como trasfondo en este arrabal de Béjar. A partir del reconocimiento real con nombres y apellidos de una buena parte de los individuos que aparecen fotografiados, puede calcularse que las de los escolares pudieron ser hechas en algún momento entre los años 1903 y 1906. La fecha de la otra, en la que posa una parte del pueblo en torno su patrona, la Virgen de los Remedios, pudo serlo entre 1910 y 1913. Me fueron facilitadas por su propietaria, Doña Carmen Sánchez, accediendo además a su copia en la Filmoteca de Castilla y León. A ella mi agradecimiento por tan valiosa aportación, como también al párroco de Valdesangil D. Agustín Jiménez por las

facilidades dadas en la consulta de los archivos parroquiales y al Archivo Histórico de Béjar donde completé algunas informaciones relativas a los censos de población.

El planteamiento de este trabajo, por una razón cronológica y también contextual, es analizarlas en dos grupos: por una parte las dos de los escolares y por otra la del grupo. En las estadísticas para el estudio de la foto de los escolares he utilizado como franja temporal de referencia el espacio entre 1900 y 1910, por ser el tiempo en el que tuvo lugar la fotografía, por más que el nacimiento de algunos de los niños se produjera en los últimos cinco años del siglo XIX. Para la otra, dada su cercanía al censo de 1910, he utilizado este también.

1. VALDESANGIL, SU GENTE Y LA ESCUELA COMO TRASFONDO DE LAS FOTOGRAFÍAS

Los niños y niñas que aparecen posando en la puerta que daba acceso al huerto de la casa del cura de Valdesangil eran unos privilegiados de la naturaleza. Lo eran porque habían sobrevivido a una criba dramática, la de sobrevivir al primer año de vida. La estadística dice que entre 1900 y 1910 morían antes o durante el primer año de vida el 27'8% de los nacidos. De cada 50 nacimientos, morían 14 o lo que es lo mismo: de cada 11 nacidos morían 3. No era tan dura la criba en la etapa siguiente, entre 1 y 3 años. En ella perecían el 4'3% de los que habían superado la primera barrera vital. En definitiva que superar los 3 años de vida era complicado en Valdesangil, algo que no conseguían el 32'4% de los nacidos. Uno de cada 3 nacidos moría, sin que la muerte marcara diferencias apreciables entre niños y niñas. Según hacía constar el médico y luego reflejaba el cura en los libros de difuntos, enfermedades tales

como gastroenteritis y enteritis, como enfermedades intestinales y bronquitis/catarros pulmonares hacían estragos en la población recién nacida, de tal forma que en torno al 70% de estas muertes se debían a ambas, repartiéndose casi por igual en una y otra. Sintomático es que las primeras sucedían, en la mayor parte de los casos en verano, debido sin duda a la falta de higiene, a la contaminación del agua...etc, siendo la mayor parte de las pulmonares en invierno, como consecuencia también del frío y las deficientes condiciones de las casas para afrontar los meses más duros. La meningitis también causaba un número considerable de muertes (7%), así como los problemas de dentición (6%), el sarampión (5%) o el raquitismo congénito (4%). Sin duda la causa principal estaría en las dificultades impuestas por una vida de condiciones generales muy dura, donde el desconocimiento de muchas claves de la alimentación y de las enfermedades y la falta de una higiene adecuada, provocaban la alta mortalidad. Para valorar este dato y sus correspondientes inferencias es preciso saber que según el Padrón de 1910, muy pocos años después de la fecha de las fotografías, había en Valdesangil 509 habitantes agrupados en 159 células o *vecinos*. Según los libros parroquiales de Valdesangil, el promedio de nacimientos por año entre 1900 y 1910 era de 20, el de muertes 14 y el de casamientos 6. Sintomático de la situación parece el hecho de que el 51% de los muertos totales se produjera entre 0 y 3 años, mucho más elevado que el 29%, que afectaba a los mayores de 55 años. Así de precaria era la vida en la más temprana edad como para que pudieran considerarse privilegiados todos los niños de la foto, habiendo superado el momento más complicado de supervivencia. En cualquier caso para el resto de la vida resultaba también una incerti-

dumbre saber cuanto se podía vivir: de los 40 años no pasaban más que 52 de cada 150 nacimientos.

Los padres de estos niños se dedicaban fundamentalmente a la agricultura en el caso de los hombres, mientras que la profesión de las mujeres reconocida en el censo era la de "sus labores" o "la de su casa", aunque el trabajo de ellas habitualmente excedía al de la casa, ya que en las familias con más dificultades económicas, fuera por el número de miembros todavía improductivos o por enfermedad o ausencia del marido, muchas mujeres se dedicaban a trabajos eventuales como lavar la ropa a mano de las familias ricas de Béjar o a escardar en los sembrados cuando era el tiempo. Casi la mitad de la población (46%) eran jornaleros, el 28% "sirvientes", el 7% eran agricultores con alguna propiedad o en arriendo y únicamente 10 hombres (0'5%) les considera el censo "propietarios", lo que debe entenderse como poseedores de una cantidad suficiente de tierra que implicaba, por ejemplo, tener sirvientes trabajando para ellos y contratar jornaleros. Sólo 5 hombres trabajaban en 1910 en las fábricas de Béjar como percheros, había 2 maestras (imagino que una de ellas jubilada) y un maestro, un barbero, 3 carpinteros, un dependiente, un albañil, un cura y un militar (posiblemente retirado). Llama la atención que en el momento del censo no hubiera un médico, probablemente porque estaba vacante la plaza momentáneamente o porque residía en Béjar. Valdesangil tenía entonces un médico adjudicado al que se le pagaba por los servicios puntuales que llevaba a cabo, salvo cuando se trataba de los declaradamente pobres, de cuyos gastos sanitarios se ocupaba el ayuntamiento mediante una cantidad contratada anualmente que salía a subasta entre los médicos de la zona y que solía quedarse el médico titular por estar más a mano.

Las viviendas de estos niños eran sumamente básicas. Desde hacía un par de siglos Valdesangil apenas había evolucionado en este aspecto y sería a partir de este momento, aunque muy lentamente, cuando va a tener lugar un avance. Las casas eran entonces construcciones pequeñas y estrechas, frecuentemente de dos pisos, con techos muy bajos y deficientemente construidas a base de mampostería trabada con barro rojo. Eran casas con la cocina invariablemente en el piso de arriba, algo que cambió a partir precisamente de principios de este siglo, cuando las casas nuevas se construyen ya con ella en el piso de abajo. Este detalle lo manifiestan, y probablemente sirven con ello de precedente e imitación, las primeras casas de cierto postín que se construyen en los primeros quince años del siglo XX, denotando la existencia de una clase reducida de labradores con mejor posición que el resto. El conjunto urbano siguió todavía disponiéndose por un tiempo en la forma tradicional y adosadas a otra construcción similar, constituyendo barrios abigarrados de casas similares entre sí, todo ordenado por una calleja empedrada que servía de arteria conductora.

Una parte aceptable de los padres y abuelos de estos niños eran analfabetos. En el conjunto de la población adulta había en Valdesangil 128 analfabetos, lo cual descontando los 166 niños que iban a la escuela en 1910 -es decir eran menores de 12/13 años- implica que el 37% de los adultos no sabían leer ni escribir. Esta media era inferior a la española general en ese momento, que superaba 50% y acorde con la general de la provincia de Salamanca que estaba cercana al 40%. Del conjunto de analfabetos de Valdesangil el 71% eran mujeres y el 29% hombres. El mayor porcentaje de analfabetos se daba entre los abuelos de los niños de la fotografía, ya que el 56% de

los que no sabían ni leer ni escribir eran mayores de 50 años. Entre la generación de sus padres, si consideramos que la edad estaba comprendida entre los 30 y los 50, el porcentaje de analfabetos estaba en el 21%. Esta situación preocupó al Estado de tal manera que en 1901, con la Reforma de Romanones para la Primera Enseñanza, cuyo carácter sería más efectivo a partir de 1906, establecía que hubiera clases nocturnas para adultos. El libro de correspondencia de la escuela de niños de Valdesangil registra como el maestro manda oficios anualmente al Presidente de la Junta de 1ª Enseñanza de Béjar, a la que pertenecía Valdesangil al no ser municipio, comunicándole que ha comenzado el curso para adultos y hay un número aceptable de asistencias. Muchos padres de los niños de la foto empezaban a darse cuenta de que sabiendo algo, aunque fuera lo más elemental (leer, escribir y algo de cuentas) podían manejarse mejor en la vida difícil que llevaban.

2. EL DÍA DE LA FOTOGRAFÍA, LA ESCUELA, EL TIEMPO Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Utilizando la novedad que suponía la fotografía en el medio rural, desde finales del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX fotógrafos ambulantes recorrían las escuelas rurales haciendo fotografías de los escolares, que luego vendían a las familias. A Valdesangil debió llegar el fotógrafo con su cámara de grandes proporciones y su trípode cargados en una caballería. Posiblemente antes de la visita hubiera avisado del día de su llegada, ya que los niños parecen estar con las mejores ropas para ese momento. Es posible también que se le diera aviso a los maestros a través del ayuntamiento, ya que éste era quien de alguna manera

controlaba las escuelas entonces como órgano delegado más inmediato de las Juntas Locales y Provinciales de Instrucción Pública, dependientes del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, creado en 1900. Las madres ese día vistieron a sus hijos con lo mejor que tenían, que era muy poco, ya que en aquel tiempo la mayor parte de los niños tenían sólo dos indumentarias, la de diario y otra para arreglarse, posiblemente estrenada durante algún año en los festejos de agosto y en muchos casos heredado de hermanos mayores u otros familiares. Hubo de ser una jornada especial, aunque más aún debió serlo cuando al cabo de unos días volvió el fotógrafo con las fotografías encargadas y pudieron verse plasmados en un papel a través de un procedimiento, que aunque no era completamente nuevo, en el medio rural resultaría una novedad.

Dado que las escuelas estaban separadas y distantes –la de las niñas en la planta baja de una casa a la entrada del pueblo y las de los niños en un callejón cercano a la plaza de abajo– entre la llegada del fotógrafo, el aviso a las escuelas, el camino a la casa del cura, el transporte de los bancos de madera que puede que fueran los de los pies de la iglesia, donde se sentaban los hombres, la colocación y el disparo del fotógrafo, debió consumirse toda la mañana. Aquel día, como todos, habrían empezado rezando al entrar y pasando lista, para luego, según el día que fuera de la semana y el programa establecido por el maestro, explicar una lección, leer colectiva o individualmente, copiar al dictado, hacer cálculo y problemas matemáticos, recitación, dibujo, estudio de mapas, trabajos manuales, toma de las lecciones de memoria y recomendaciones sobre higiene y buena conducta. Esa era la primera escuela ordinaria en los años iniciales del siglo XX. La escuela era entonces

obligatoria desde los 6 años hasta los 12, pero cómo se puede ver en la fotografía, asistían además un determinado número de menores de 6 años. Esas asistencias, en régimen de parvulario, eran costeadas por los padres, salvo que fueran muy pobres. Admitir párvulos permitía a los maestros incrementar su reducido sueldo en alguna cantidad o al menos recibir pagos en especie. A las madres les permitía estar más libres para ir a buscar cargamentos de retamas para el fuego, escardar si había posibilidad de trabajar en ello, lavar la ropa propia o ajena o cualquiera de las otras tareas adicionales que bajo la denominación de "sus labores" correspondían a las mujeres.

Hasta 1901 el sueldo de maestro había corrido a cargo de los ayuntamientos y de pagos en especie por parte de los padres de los alumnos, que ayudaban en la medida que podían¹. Con esa situación, precaria para los ayuntamientos y para los padres, no es extraño que se popularizara el dicho: "*pasas más hambre que un maestro de escuela*". Pero a partir de 1901 los sueldos de la 1ª Enseñanza los costea el Estado a través del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Desde entonces, aunque el sueldo es muy bajo, los maestros tienen la seguridad de cobrar, a la vez que algunos padres contribuyen, agradecidos, con aportaciones en especie.

Para dar una idea general del funcionamiento de las escuelas de Valdesangil puede hacerse referencia a los presupuestos: cada una de las dos escuelas tenía un presupuesto trimestral de 23 pesetas y algunos céntimos, librado por trimestres desde el ayuntamiento de Béjar, lo cual implicaba un recibo anual de 92-93 pts, puesto que la escuela abarcaba cuatro trimestres, uno de ellos más corto, que incluía las vacaciones entre principios de julio y mediados de septiembre. El presupuesto se gastaba en el blanqueado y encalado general al inicio

y diversas reparaciones que pudieran surgir a lo largo del curso. Además de eso se compraban pizarrines, tizas para la pizarra (nombradas *clariones*), papel blanco y rayado, tinta, plumas y portaplumas, se pagaba la limpieza y adecentamiento del local, cisco para *templar* la escuela en invierno y premios a los alumnos más aplicados. Dado que en los gastos no figuraba el coste del alquiler de los locales, que era privado en las dos escuelas, puede pensarse que corría con él el ayuntamiento de Valdesangil, algo que se contemplaba en el citado decreto de 1901 (Reforma de Romanones) como obligación de los municipios. Al parecer en el caso de Valdesangil, posiblemente por acuerdo con la Junta Administrativa, el pago no lo hacía Béjar, sino el propio pueblo.

El curso terminaba a principios de julio con un examen que hacía el maestro, previo conocimiento de sus contenidos o elaborado por las juntas locales y provinciales de 1ª enseñanza. Como consecuencia de ello y de las apreciaciones de los maestros a lo largo del curso proponían los tres o cuatro alumnos/as más aplicados dentro cada una de las tres categorías (1ª, 2ª y 3ª) en que se dividía al alumnado. Los ganadores anuales tenían que asistir a un acto en Béjar en el que se les daba el premio. A ello asistía el alcalde de Valdesangil y el maestro, que pronunciaba unas palabras.

3. LA FOTOGRAFÍA DE LOS NIÑOS

La presencia de hierba alta y de algún arbusto con hojas indica que las fotos se hicieron en primavera, además ningún niño lleva prenda de abrigo propiamente invernal. Aunque es posible que no todos las tuvieran, alguno de los más pudientes la hubiera llevado, ya que la foto también servía para mostrar estatus al que lo tenía.

Son 56 niños más el maestro. En la primera fila, sentados en el suelo, están los más pequeños. Sin duda son menores de 6 años, los párvulos. Hay algunos también en el lado derecho, subidos en un banco, quizá alguno al lado de un hermano o primo, o porque no cabían todos abajo. De todo el grupo sólo 3-4 parecen estar entre los 11 y los 13 años. A pesar de ser obligatoria la enseñanza hasta los 12, los niños solían abandonar la escuela a los 10 u 11 para trabajar ayudando en las faenas familiares o por cuenta ajena como aprendices. Es posible que esos niños mayores pertenecieran a familias menos necesitadas del trabajo infantil. Aunque las niñas por regla general apuraban más la estancia en la escuela, en su foto correspondiente parece que en Valdesangil siguieron la misma tónica que ellos. Salvo los párvulos y la minoría más mayor, el resto (entre 6 y 10 años) están en la edad más propia de ir a la escuela.

Sin duda las madres vistieron a sus hijos con lo mejor que tenían para quedar más presentables. En líneas generales se les puede dividir entre los que visten chaqueta y los que visten blusón de color gris, prenda que los mismos fotografiados llevarían en Valdesangil hasta su vejez, a finales de los años 60 y principios de los 70 del siglo XX, siendo los últimos lucirla. Unos y otros, inevitablemente, vestían debajo el chaleco de pana a rayas o lisa, a juego con los pantalones también de pana. Los más pudientes solían llevarlos de pana lisa. Debajo del chaleco, la camisa blanca abrochada hasta el cuello. Muy pocos llevan cuello de puntillas, muestra de estatus. Las diferencias sociales, que en Valdesangil no eran tan marcadas como en las ciudades, se manifestaban con frecuencia a ese respecto. De los chalecos cuelga la cadena del reloj, aunque lo más probable es que no hubiera en realidad reloj, algo

reservado a los mayores. La cadena inducía a pensar que lo había y eso contaba. Los pantalones no siempre llegaban al tobillo, en muchos casos se quedaban un poco por encima de éste, a veces acampanándose levemente y colgando cordones terminados en botones charros. Debajo, los más pudientes, podían llevar unas medias blancas caladas y los demás, medias de algodón negro de las llamadas *de cinco agujas*. Como calzado, botas de cuero rematado el suelo con tachuelas para evitar el desgaste de la suela. Este detalle hacía que al contacto con el suelo enrollado de las calles se oyeran claramente las pisadas y fuera inevitable resbalarse, pero compensaba económicamente, que era de lo que se trataba. Todos visten como adultos, es decir quieren parecerse a los adultos. Eso sólo puede significar que no había una forma de vestir propiamente infantil. Dos de los niños mayores llevan pañuelo al cuello, posiblemente como símbolo de su mayor proximidad a la edad adulta. Una parte de ellos portan, colgadas en bandolera, las carteras de cuero en las que llevaban los instrumentos para escribir y tal vez un cuaderno y, si había para ello, algo para comer en el recreo. Algunos enseñan a la cámara los libros que han traído de la escuela en los que estudian a diario.

En el centro de todos está el maestro. Parece un hombre con porte o lo pretende con la vestimenta y el cierto aire que se gasta. Su pose apoyando sintomáticamente el brazo en la única silla que se llevó para el momento, mirando fijo y confiado a la cámara, como conociéndola, contrasta con la mirada más escéptica de los niños que no saben bien qué va a resultar de aquello. Lleva un bigote acorde con la moda de entonces y traje a base de chaqueta y pantalón de paño, camisa blanca y corbata. Podrían echársele entre 40 y 50 años, dado que su aspecto físico



no sufría los mismos rigores que la gente de su edad vinculada a las tareas campesinas. Su identidad resulta problemática de esclarecer teniendo en cuenta lo impreciso de la fecha de la fotografía, pero sobre todo, por el hecho de que en el paréntesis temporal en el que la hemos fijado hubiera tres maestros consecutivos. Entre 1901 y marzo de 1904 el maestro con la plaza en propiedad fue D. Román de la Rúa y Alonso, a quien le sustituyó de forma interina D. Francisco Alonso Sánchez hasta el 11 de julio de 1904, en que toma posesión en propiedad D. Matías Sánchez Martín, natural de Pelabravo (Salamanca), que permanecerá como maestro hasta el curso 1910-11, al ser sustituido de una manera traumática, obligándosele –según una carta que él mismo escribe al Ministro de

Instrucción Pública y Bellas Artes- a firmar en blanco una jubilación, que dice no corresponderle por encontrarse con facultades para seguir ejerciendo. Este hombre había tenido diversos conflictos con los padres de los alumnos hasta el punto de que estos dejaron de asistir a la escuela al menos entre marzo y mayo de 1908², trasladándose los niños a Béjar a recibir las clases. Según se refleja en el acta correspondiente de la Junta Local de Primera Enseñanza de Béjar, el maestro es acusado por los padres y las madres de los alumnos y por el párroco, que actuaba de portavoz ante la Junta, de irreligiosidad, de no acudir a la iglesia, del uso que hacía de armas prohibidas y de hablar contra los escolares salesianos de Béjar, contra el párroco y las autoridades. Ante esta situación, al parecer el

médico recomendó que se le reconociese, pues sospechaba de su desequilibrio mental³. La situación desembocó en la suspensión de empleo y sueldo en base a un expediente que fue en principio sobreesido, incorporándose de nuevo el maestro a las clases el 1 de septiembre de 1909. Pero tan solo un mes después, el 1 de octubre de 1909 don Matías remite una carta al ministro, como hace constar en el libro de correspondencia de la escuela, en la que le dice haber sido obligado a firmar la jubilación en blanco. Al parecer ésta no se produce inmediatamente, puesto que durante el curso 1909-1910 sigue en activo, siendo sustituido definitivamente desde los inicios del curso 1910-1911, desapareciendo para siempre de la escuela de Valdesangil. Siendo las cosas de ese modo por reflejo en los documentos, es posible que hubiera un informe a favor de un presunto desequilibrio mental del maestro, que como no podía ser de otra manera por el tiempo del que estamos hablando y sus circunstancias, fue más influyente que sus ideas supuestamente progresistas. Dejándome influenciar por la pose, lo que irradia su figura y los sucesos que tuvieron lugar con este maestro, al parecer un hombre incómodo y rebelde que incluso se atreve a escribir al ministro, estoy tentado de adjudicarle la identidad del fotografiado, aunque sin dejar de recalcar que no es otra mi información al respecto que la expuesta.

Para ser maestro este hombre había tenido que acudir a la temprana edad de 14 años, después de cursar la enseñanza primaria y aprobar el examen de ingreso, a las Escuelas Normales de Maestros (o de Maestras, si era mujer) y cursar dos años para obtener el grado de maestro elemental o ampliándolo dos años más si hubiera querido ser maestro superior. El nivel formativo era bastante rudimentario. Si no eran interinos, accedían al

puesto de trabajo normalmente por oposición convocada por el Ministerio de Instrucción Pública, cambiando de lugar en función del escalafón, años de servicio y algún otro mérito, como formaciones complementarias, servicios especiales, etc. En el ambiente rural tan inculto de aquel tiempo, el maestro gozaba de una gran consideración por sus conocimientos, siempre muy por encima de la generalidad. Sin duda no vivían en la abundancia, pero gozaban de una consideración social ajena a la que daba el dinero. Conscientes de ello, muchos maestros es posible que hicieran lucir sus poses, bien vestidos, como el de la fotografía, para dejar patente su condición social.

4. LA FOTOGRAFÍA DE LAS NIÑAS

Cincuenta niñas posaron con la maestra en el mismo lugar que los niños. La maestra era doña Leandra Gallego, natural de Salamanca, que llevaba en Valdesangil ejerciendo su profesión casi 40 años. Como el maestro, está sentada en una silla, en el centro, arropada por sus alumnas. Quizá por su procedencia de la casa-cuna de Salamanca, es por lo que no tiene la misma pose que el maestro, parece una mujer reposada y tranquila, con talante más sencillo, de hecho estaba casada con un jornalero del pueblo después de enviudar muy joven.

En la parte inferior sentaron al sector de párvulas, mirando a la cámara con atención e incluso con desconfianza, al ver al fotógrafo ocultarse debajo de la tela sin saber muy bien qué iba a hacer y en qué terminaría todo aquello. El resto de las niñas parecen más confiadas y seguras, posan con naturalidad y algunas con cierta coquetería, sabiéndose elegantes para una ocasión tan especial. Las tres cuartas partes llevan pañuelos floreados de Manila sobre los hombros, cruzados en el pecho o pañuelos sin flores

rematados con flecos. Estos pañuelos se ponían sobre el vestido. Era una prenda de fiesta que a diario era sustituida por un pañuelo de menor porte. Sólo un pequeño número lucen directamente un vestido, mostrando con ello su estatus. La sencillez de la maestra la hace integrarse en el grupo de los humildes, cubriéndose también con pañuelo. Debajo del pañuelo unas llevaban vestido y otras falda y blusa. Las faldas eran largas, fruncidas y ajustadas a la cintura. La mayor parte de color oscuro. Esa misma vestimenta era también para diario, pero también con ropa de menos porte. Algunas encima de la falda llevan mandil, que podía ser negro o de colores, prenda que también era para ir mejor arregladas. Debajo de la falda estaban las enaguas, fruncidas en la cintura al igual que la falda. En los días duros de invierno entre la falda y la enagua muchas mujeres llevaban un manteo, para dar calor y también para que ahuecara su figura. Las formas reales del cuerpo no debían marcarse. La ropa interior propiamente dicha no se usaba; a lo sumo algunas mujeres llevaban pololos, pero únicamente cuando iban más arregladas. Era una prenda blanca, rematada con puntillas y ajustada a las piernas hasta debajo de la rodilla, con una abertura en la zona del sexo.

La blusa que llevaban en la parte superior era muy ajustada al cuerpo, con manga larga. Debajo, una camisa muy larga hasta las rodillas. Era una especie de camisón sin mangas, con escote redondo rematado en una puntilla. El pecho no debía marcarse, por eso se apretaba mucho la blusa al cuerpo.

El peinado más habitual es la raya al medio y una trenza larga a la espalda que no se aprecia. Sólo aquellas con un pelo muy rizado o rebelde llevan otro peinado. Como los niños, la mayoría calzan botas superando el tobillo y remata-

das en la suela con tachuelas de hierro para ahorrar desgastes. Debajo de las botas, medias de color negro hechas con cinco agujas o blancas para ir más elegantes. Todavía no era el momento pero poco después, cuando se convirtieran en jovencitas, llevarían para arreglarse mejor una mantilla cubriendo parte de la cabeza o un pañuelo, si no había para llevar mantilla. En el invierno, mujeres y niñas solían cubrirse la cabeza con un pañuelo de diario menos lujoso. Todas llevan pendientes. Eran pendientes llamados de calabaza o de almendra. Los primeros mostraban una especie de calabaza larga y redonda en el remate. Los de almendra eran más aplastados y largos. Algunas niñas se han cuidado mucho de que se les vea la cadena y la medalla de oro, porque para eso la tenían. Eran tiempos en los que lo poco que se tenía para distinguirse, había que exhibirlo y mostrarle a los demás que lo poseían. El abanico que muchas llevan entre las manos era un objeto común para complementar la elegancia en las ocasiones de vestirse mejor.

A todos ellos, niños y niñas, les esperaba una vida dura y apasionante con cambios tan trascendentales como ninguna otra generación anterior había conocido. Vivirían, aunque fuera desde lejos, dos guerras mundiales y más directamente la de Marruecos y la Civil. Ellas en 1933 conocerían el avance de poder votar, aunque les durara tan poco ese derecho por la falta de elecciones y de libertad después de la Guerra Civil. Buena parte de ellos conocerían el cambio paulatino pero vertiginoso al tiempo moderno, creyendo que lo habían soñado cuando miraban hacia atrás o simplemente no creyendo nunca algunos episodios improbables, como la llegada del hombre a la luna, hecho que nunca convenció a los miembros de la generación que aparecen en la fotografía.



5. EL PROTO INDIANO Y FOTOGRAFÍA DE LA VIRGEN

Unos pocos años después de aquellas fotos escolares, posiblemente entre 1910 y 1912, de nuevo un fotógrafo subió Valdesangil con su cámara y su trípode cargados en una caballería. Al parecer un hombre del pueblo que iba a emigrar a América quería llevar consigo una fotografía de la Virgen de los Remedios para que le protegiera en la distancia y en todas sus incertidumbres. Ante un gesto tan piadoso, el nuevo sacerdote (Don Pablo González Fraile), en el principio de la treintena de edad y recién llegado al pueblo como párroco, permitió que la Virgen saliera de la iglesia y posara apoyada en el suelo empedrado del rincón que forman la torre y la cabecera de la iglesia.

Había empezado a marcharse a América mucha gente de todas partes atraídos por las informaciones que llegaban de allí. El aumento de la población desde finales del siglo XIX y la falta de posibilidades, desembocaría en un proceso migratorio importante entre los años 1900 y 1930. La tasa de emigración en la provincia de Salamanca fue en 1910 del 5-10%⁴. Los jóvenes huían del servicio militar que les retenía entre 3 y 7 años e incluso les podía llevar a la muerte, ya que España estaba frecuentemente enfrascada en guerras, a menos que se pagara para no ir o fuera otra persona en su lugar, como sucedió hasta 1912. A ello hay que unir las causas económicas: la agricultura, todavía muy atrasada en técnicas y métodos, no daba trabajo suficiente a tanta oferta de mano de obra y el

recurso de emigrar a la ciudad no ofrecía tampoco garantías. Sin embargo, llegaban noticias de buenas oportunidades desde Argentina, Cuba y Brasil, por lo que muchos vendieron o hipotecaron fincas o ganados y se embarcaron a la aventura de encontrar un mundo mejor. Uno de aquellos fue el inspirador de la fotografía, seguramente alguno de los que aparecen retratados en ella. Por las fechas estimadas para la foto y por algunos recuerdos vagos que han quedado en Valdesangil, parece que nuestro proto indiano iría camino de "La Argentina", como se decía entonces, lugar al que emigraron con más frecuencia leoneses, zamoranos y salmantinos⁵. Quizá esta circunstancia de la emigración sea una de las causas del decrecimiento de la población en Valdesangil reflejada entre los censos de 1910 y el de 1920, registrándose un descenso de 129 personas, lo que implica un 25% menos en 10 años.

En el censo de 1910, 2 o 3 años antes de la fotografía, figuran 509 habitantes, pero en la fotografía sólo aparecen 91 personas, de los que 56 son niños. Eso debe querer decir que no era un día de fiesta (cosa que también atestiguan las vestimentas de diario de la mayoría), que no quisieron salir en la fotografía masivamente los habitantes del pueblo o que la invitación a posar fue selectiva. Es posible que los hombres estuvieran trabajando en el campo a esa hora porque sólo hay 8, mientras que mujeres son 27, una cifra también inferior a la total de mujeres, que estaba en torno a 190 en 1910. Los que sí se sumaron en mayor cantidad fueron los niños, que en ese momento no estaban en la escuela, por lo que se entiende que pudo ser hecha la foto a la hora de la comida, momento en el que había más luz y por tanto mejores garantías para fotografiar. Aparecen 56 niños de los 145 que figuran en el censo



como asistentes a la escuela. A los 56 habría que descontarles, además, los que son muy pequeños. Por tanto alguna circunstancia hizo que la fotografía fuera únicamente de una quinta parte de la gente del pueblo. Tal vez la foto estuviera pensada sólo para que apareciera la Virgen, sumándosele todos los que cayeron por allí en aquel momento, los que vivían en el entorno de la iglesia o los vecinos del futuro indiano y uno, quizá cercano al destinatario de la foto, que quiso que le recordara en la distancia con el acordeón con que habrían organizado más de un baile. No hay hombres viejos, todos parecen jóvenes o en el principio de la madurez. Visten chaquetas y camisas blancas debajo, abrochadas hasta el último botón y alguno, el blusón gris característico. Uno de ellos, joven, con un pañuelo atado al cuello se ha vestido para la ocasión y aprovecha para mirar a la cámara con una sonrisa segura. Al contrario que en los hombres, hay algunas de las mujeres más mayores del pueblo, que como las jóvenes, fueron a buscar sus mandiles a rayas de día de fiesta, los pañuelos para cruzar sobre el pecho y los pañuelos también de color para cubrir la cabeza e incluso, la que lo tenía,

el mantón de Manila para salir elegante. Algunas, jóvenes o maduras no pudieron participar de la exhibición del color porque estaban de luto, que duraba 3 años e incluso más cuando no eran jóvenes. Todas cruzan las manos sobre la cintura, como si fuera la forma habitual de esperar lo que hubiera que esperar. Se peinan con el pelo bien estirado, con raya al medio o cercana a eso dejando caer por la espalda una trenza. Una moza, con mirada muy fija, tiene mucho interés en mostrar unas tijeras sujetas por un cordón entre las manos, quizá queriendo decir que sabía coser bien. Los niños, portando la carterita de ir al colegio hacen como que leen y por tanto que son aplicados. Los más pequeños, que no entienden nada de lo que está sucediendo, posan sentados como esperando que pase algo interesante en aquel artilugio que maneja el señor venido de fuera. Dos se han echado a llorar asustados, pero no se mueven. Todos miran al fotógrafo siguiendo sus instrucciones de que no pueden moverse hasta que él no lo diga, cada uno diciendo algo de sí mismo con su mirada y su pose, y todos en conjunto de la vida en Valdesangil en los principios del siglo XX.

NOTAS

1 Agradezco la información y el asesoramiento al respecto de Juan Francisco Cerezo, catedrático de Teoría e Historia de la Educación de la Escuela Universitaria de Educación y Turismo (Univ. de Salamanca) de Ávila.

2 Según hemos comprobado a través de las actas del Libro de Inspección de la escuela de niños de Valdesangil.

3 GONZÁLEZ CANALEJO, M.D. "Las Juntas Locales de Primera Enseñanza del partido judicial de Béjar (1900-1925)", en XIII Coloquio Historia de la Educación. *"La infancia en la Historia: espacios y representaciones"*. Tomo II, pp.688-695. San Sebastián 2005.

4 SÁNCHEZ ALONSO, B. *Causas de la emigración española entre 1880 y 1930*. (1995). Alianza Universidad. Madrid.

5 SÁNCHEZ ALONSO, B. *Causas de la emigración española entre 1880 y 1930*. (1995). Alianza Universidad. Madrid.

